

Avanza el mundo á nuevas épocas, y avanza tambien el Cristianismo á nuevos votos, á no interrumpidas plegarias, á más fervientes aspiraciones en lo relativo á la Concepcion sin mancha de Maria. Siglos impelen á siglos, generaciones precipitan á generaciones, pueblos derrumban á pueblos, y los individuos de todos los pueblos, de todas las generacionos y de todos los siglos luchan á brazo partido, y al abrigo del estandarte de la Iglesia, con oposiciones de todo género, y solo por granjearse la dicha de presenciar la aclaracion de este augustísimo misterio como artículo de fe, como victoria que vence al mundo, y así lo expresa por el órgano autorizado de los Concilios, ya ecuménicos ó ya parciales. El tercero de Éfeso la reconoce «en nada corrompida;» el cuarto de Toledo aprueba, con San Isidoro, el oficio y octava de la Purísima Concepcion: el segundo de Nicea llama á Maria Santísima más pura que la naturaleza toda intelectual y sensible: el de Basilea lo decreta de fe, y, por último, el respetable y universal de Trento, á semejanza del Asuero de la Sagrada Escritura, hace extensiva á todos los hombres la ley del pecado original, absteniéndose de comprender en él á la bienaventurada é inmaculada Virgen Maria, Madre de Dios. Todo lo indica la fe, lo prepara la fe, todo lo esperamos de la fe. En los tiempos primitivos de la Iglesia la fe deposita en el corazon de los cristianos la semilla de la piedad en favor de la Concepcion inmune de Maria; la fe en los tiempos medios la fecundiza por una perseverante devocion, y esta misma fe en los dias más cercanos á nosotros la hace producir copiosísimos frutos de amor, de bendiccion y de consuelos que hacen más palpitante el afan, siempre en aumento, de que la Iglesia añada al simbolo de nuestras creencias el artículo de la Concepcion inmaculada.

La fe articuló la lengua de los doctores y Santos Padres; presidió como maestra divina las Asambleas y los Concilios, y autorizó á los Sumos Pontífices para presidir con mesura y prudencia en sus respectivos pontificados lo que sobre este particular era la voluntad de Dios. Sixto IV, que publica el oficio de la Inmaculada; Pio V, que concede este rezo al Orden seráfico de San Francisco; Clemente XIII, que lo extiende al clero secular y regular de España; Paulo V, Clemente IX, Clemente XI, Gregorio XV y Gregorio XVI, que establecen la festividad y autorizan la devocion con los tesoros de la Iglesia, y sobre todos ellos Alejandro VII, que en su Bula *Solicitudo omnium ecclesiarum* de 1661 sella los labios á los impugnadores de esta creencia tan universal como halagüeña, y apareja el terreno al grandioso

acontecimiento con que se distinguirá hasta la consumacion de los siglos el pontificado del Soberano Pastor y Príncipe reinante de la Iglesia.

¡Qué virtud tan hermosa y tan benéfica es la fe en este misterio! Así lo reconoce encorvado el anciano que con trémulo pié toca el brocal de su sepultura y se despide de la vida diciendo á Maria Inmaculada: «Dios te salve, vida, dulzura y esperanza nuestra.» Así lo publica por todas partes el jóven entusiasta de sus creencias, de su Religion y de su verdadera nacionalidad, que detiene su fogoso corazon ante una imágen de la Concepcion, y la dice: «Ave Maria, llena de gracia.» Así lo indica el candoroso parvulito que en medio del padre que le dirige y de la madre que le alimenta, dobla su rodilla, extiende sus manecitas, eleva sus ojos hácia la imágen de Maria, y con una voz delicada que pone en respetuoso movimiento las fibras del corazon, la dice: «Bendita sea tu pureza, y eternamente lo sea.» Pues esto lo hace la fe en el misterio de la Inmaculada Concepcion; en esa definicion dogmática, válida, oportuna y deseada, á quien hoy aclaman las gentes como un triunfo de la fe. *Hæc est victoria quæ vincit mundum*. El pensamiento magnífico, el suceso digno de eternas alabanzas que constituye el blanco de vuestra admiracion y el asunto de mi discurso, es, además, profundamente histórico al par que es esencialmente religioso. En aducir testimonios de todo género seria interminable; pero me faltan el tiempo y la capacidad. Sin embargo, no me dispense de presentar aquí dos pruebas, que, á mi escaso entender, son las más principales, contando con vuestra indulgencia.

Es la primera esa gigante cuestion de escuela, esa lucha entre tomistas y scotistas, empeñada, sostenida y ya dichosamente terminada, lucha que, siendo hermanos, ha tenido en esta materia disconformes á los ínclitos hijos del serafin Francisco de Asis y del Patriarca glorioso español Santo Domingo de Guzman. No tembleis, señores, que de mis labios se escape en estos momentos una sola palabra disonante á vuestros oidos, ni capaz de ofender directa ni indirectamente á dos congregaciones respetables, á dos Ordenes regulares, ornamento de nuestra Religion, firme apoyo de la Iglesia, y cuyos bienaventurados fundadores ahora y hasta el fin de los tiempos canónicamente veneramos en los altares: Ordenes que providencialmente han visto exaltados á la cátedra de San Pedro igual número de sus hijos: que cuentan en su seno la misma cifra de Cardenales y purpurados; que han regido los diversos pueblos del mundo cristiano con igual gerarquía de Arzo-

bispos y de Obispos; que cuentan con el mismo número de Santos, de sábios y de doctores, y cuya fraternal union los obliga á conducirse con evangélica caridad en todos sus actos públicos y privados. Nó, cristianos; ámbas instituciones lucharon en abierta oposicion durante un espacio más que considerable de siglos, y las dos instituciones *vencieron* en el día de la Purísima Concepcion del año próximo pasado. Esa diversidad de opiniones que los ha dividido en esta materia, ese combate heróico que los ha hecho célebres á la faz de todo el orbe, no ha sido en los unos consecuencia de errores groseros y obstinados, ni en los otros producto de un celo fanático y exagerado por las glorias de Maria; ha sido, sí, y yo de esta manera lo califico, uno de esos fenómenos maravillosos y sorprendentes de que la omnipotencia de Dios se vale en épocas determinadas para sacar más acrisolados, más hermosos y más incontrastables los triunfos de nuestra fe. *Fides nostra*.

Porque, ¿ni cómo el Sol de las escuelas, el Angélico Doctor Santo Tomás ni sus discípulos habian de querer ver despojada á la Madre del privilegio de su inmunidad original, cuando tan acérrimos defensores y propagadores han sido y serán siempre de las glorias del Hijo? ¿Ni cómo los hijos del Patriarca San Francisco habian de defender un absurdo, habian de sostener una quimera, y habian de ligerar temerariamente su profesion religiosa con el voto solemne de defender á todo trance y á costa de su vida la concepcion sin mancha de la Reina inmaculada de los Angeles? La voluntad de Dios, y sólo así se explica, la voluntad de Dios dispuso, y permitió, y sostuvo, tan ruidosa alternativa, en la apariéncia tan lamentable desunion, para que en el día que cumpliese á sus designios se abrazasen en la tierra lo mismo que en el cielo los que siempre han inclinado su frente juntos, y juntos han derramado su sangre por las glorias de la fe, y en sacrificio por la angusta Religion del Crucificado. Rásguese, si no, ese azulado firmamento que esconde á nuestros ojos una hermosura incomprensible, y de seguro veremos á los campeones de una y otra milicia, á los adalides de una y otra escuela, á los sostenedores de una y otra opinion, más radiantes de gloria, más resplandecientes de bienaventuranza, gozando de la posesion beatifica de Dios, intuitivamente contemplando la Concepcion Inmaculada de la Virgen, y entonando, en compañía de los Angeles, Arcángeles y Serafines, una endecha amorosa que aclama á Maria Santísima toda hermosa y sin mancha. *Tota pulchra, et macula non est in te*. Veremos á Santo Tomás, San Buenaventura, San Bernardo,

Scoto y todos los Santos que militaron bajo tan opuestas banderas, refulgentes como otros tantos soles, coronados como vencedores y rodeados por un disco de gloria, porque veneraron sancionada en los cielos esta declaracion dogmática, promulgada en la tierra, acatándola, engrandeciéndola y festejándola como un triunfo de la fe. *Hæc est victoria quæ vincit mundum*. Pasemos, para terminar, á la segunda y última prueba.

Una revolucion sangrienta, política en las formas, pero en la esencia y en el fondo aborto de la impiedad, como espantoso temblor de tierra ha repentinamente conmovido el continente de los Estados-Pontificios. Desde léjos una nube ennegrecida viene anunciando á la sorprendida Iglesia la lluvia de una encarnizada persecucion; el genio del error y de la muerte sacude furioso sus cenicientas alas sobre las agujas del Palacio Quirinal, y un aullido terrífico lanzado como del fondo de los infiernos, preludia la borrasca que parece vá á poner á punto de naufragar á la navecilla de San Pedro. La irreligion, la desmoralizacion y el libertinaje empuñan las riendas del poder, y la anarquía pretende asegurar sus víctimas, apoderándose, al mismo tiempo que de las personas, de los corazones y de las voluntades. El cambiante magnífico del horizonte se convierte en color de sangre: al pavoroso estruendo con que la insana persecucion fulmina sus anatemas de muerte, huyen despavoridas las almas débiles, dudan y vacilan las más fuertes, y todo el mundo, señores, todo el mundo, consternado, contempla con lágrimas de dolor que son profanados los templos de la Majestad divina; que son insultados, perseguidos y sacrificados los ministros del Señor; que se rasga la púrpura cardenalicia, se hace trizas la mitra episcopal, se pisotea la tiara Pontificia, se arranca de sus cimientos el solio donde preside la verdad inspirada y protegida por el Espíritu Santo, rueda la Silla del Sucesor del Príncipe de los Apóstoles, desaparece el anillo del Pescador, y un hombre entre todos los hombres grande, un sacerdote entre todos los sacerdotes ejemplar, un corazon entre todos los corazones amante, y un alma llena de fe, de esperanza y de caridad, impulsado con violencia por la más inaudita ingratitude, cobijado bajo el sombrío ropaje de la proscripcion, acompañado únicamente del que no desampara á los atribulados y de la que siempre consuela á los afligidos, abandona la capital del orbe católico y va, en busca de la paz, de la prosperidad y de la salvacion de sus propios enemigos, á establecerse como en albergue de su tristísima emigracion en la ciudad de Gaeta.

¡Iglesia de Jesucristo! ¡Ha sucumbido la luz, porque de ella

han triunfado las tinieblas! ¡Rebaño melancólicamente disperso del Cordero sin mancha, rasga los aires con tus quejidos de consuelo, porque ya no tienes Pastor! ¡Beatísimo Padre Pio IX, llora con tus hijos y échanos tu bendición, y venga cuanto ántes la muerte, porque las hordas del infierno han conseguido inesperada victoria contra todo el mundo cristiano...! ¡Oh! Nunca será, congregantes ilustres y católicos oyentes. El Aaron del siglo XIX vive una vida inmortal, porque vive en él Cristo, nuestro bien: el Soberano Pontífice tiene una fe radiante, infinita, indefectible: una fe que alumbra á todo hombre que aparece sobre este valle de lágrimas; nuestro amantísimo Padre Pio IX abraza en su seno una esperanza santa, una esperanza divina, y su corazón presente que, de los amargos acontecimientos que le rodean y nos afligen, han de surgir bendiciones y felicidades que inunden toda la tierra, como la bañaban en su origen los cuatro ríos del paraíso (1). Pero, ¿dónde volverá sus ojos, dónde fijará sus miradas, dónde encontrará su espíritu, para tranquilizarse, una centella del Espíritu consolador? *Spiritus Sanctus superveniet in te, et virtus Altissimi obumbrabit tibi.* «El Espíritu Santo descenderá sobre el Pontífice, y sombreadrá su cabeza la virtud del Omnipotente.» Observad. Súbito sus ojos se detienen ante una imagen de la Virgen Inmaculada; una ráfaga de alegría cruza por su frente, y dejándose arrebatar de una célica contemplación, Pio IX aparece como inspirado. Una voz encantadora pone en juego los afectos más sensibles de su alma. *Me enim insulae expectant,* le dice María Santísima: «El universo todo, los cielos y la tierra, los ángeles y los hombres, los montes y los collados, las criaturas racionales é irracionales, las estaciones, los frutos, los elementos y todo, esperan con impaciencia y de remotísimos tiempos la definición dogmática de mi inmaculada Concepción.»

El Pontífice recordó que era Pontífice, y sabiendo que la sabiduría de la Iglesia tiene su manantial inagotable en la sabiduría increada de Dios, volvió á pedirselo á Dios con aquellas expresivas palabras de Salomón: *Mitte illam de caelis Sanctis tuis.* «Envíame, Señor, de tus santos cielos, desde el asiento de tu grandeza, la gracia que necesito, para que me acompañe, para que trabaje conmigo, y para que en este asunto me indique cuál es lo más acepta-

(1) No ménos perseguido y atribulado, más perseguido y más atribulado que entónces, y por enemigos hipócritas más audaces y poderosos que aquellos, está hoy Pio IX. Nosotros, ¿qué haremos? Pedir y esperar en María Inmaculada.

ble á tus ojos y más glorioso á tu Santísima Madre.» Y bendijo á las tribus que lloraban á sus piés, y consultó á la católica Israel su opinión en la creencia de este misterio; y mientras la fe y la esperanza y el amor de sus hijos le contestaba por sus eminentes sabios, por sus legítimos Prelados y Pastores, el peligro disminuyó, la tempestad desapareció, la impiedad y la herejía quedaron confundidas, el sol refulgió brillante sobre la Cátedra Pontificia, sus rayos se difundieron por toda la faz de la tierra, anunciándola regocijo y tranquilidad y bienaventuranza perpétua, mediante la declaración dogmática de la Inmaculada Concepción de María Santísima.

Y como si no bastara la creencia universal de los Santos y sabios de nuestra época, ni las ansias febriles de la presente generación, y como si la voz del Pastor de los pastores, semejante á la de Ezequiel, que reanimó los huesos áridos y descarnados del desierto, hubiera infundido vida á todo lo pasado, los sepulcros de los Pontífices se abrieron y lanzaron toda su fe en medio de nosotros; las heladas cenizas de nuestros antepasados respiraron y nos comunicaron su acrisolada esperanza; los Concilios y los Reyes, y las universidades y las asambleas distinguidas, y los cristianos todos de antiguos tiempos se apresuraron á inspirar á los cristianos, á las asambleas, á la universidades, á los Reyes y al Concilio reunido en la capital del orbe católico, su ferviente amor á María Santísima, su cordial adhesión al misterio de la Concepción Inmaculada, su halagadora y segura confianza de que la definición dogmática de esta prerrogativa singular sería, como lo es, válida y oportuna, y universalmente aclamada y universalmente reconocida como un triunfo de la fe. *Hæc est victoria quæ vincit mundum: fides nostra.*

Lo demás ya os lo manifesté en el exordio de esta oración: el Espíritu Santo iluminó á la Iglesia; la gracia de Dios inspiró á nuestro Santísimo Padre Pio IX, y lo que hace próximamente diez y nueve siglos era una opinión piadosa, y más adelante una creencia universal, es hoy, en el siglo XIX, con unánime asentimiento decretado, reconocido y venerado como un artículo de fe.

¡Gracias á Dios, Virgen Santísima Inmaculada; gracias á Dios, que por un efecto de su inmensa misericordia nos ha concedido desde la niñez amarnos y creerlos purísima y sin mancha desde el instante primero de vuestro sér, y nos concede confesaros á la faz de todo el mundo, y á pesar del infierno, y de la herejía, y de los malos cristianos, concebida sin pecado original. No importa que espíritus orgallosos cuya temeraria presunción les hace

creerse capaces, con sólo el auxilio de la razón humana, de regir los destinos de la sociedad, hayan recibido con criminal y vergonzosa indiferencia una nueva tan dulce, tan consoladora y tan benéfica para justos y para pecadores. En cambio, las augustas personas que ocupan el trono de San Fernando, interpretando los verdaderos sentimientos de sus progenitores y de vuestro pueblo, que lo es el pueblo español, han tomado en vuestra solemnidad la iniciativa de un modo digno de los Reyes siempre católicos de España. Nada influye que escritores, dignos de compasión y necesitados de vuestra indulgencia, hayan mojado la pluma en la ponzoña y publicado asquerosos folletos contra esta solemne definición, procurando turbar la paz de las conciencias; ni que críticos descarados y sin pudor hayan procurado ridiculizar (1), ya que no impedir, los festejos con que vuestros hijos os dan y se dan la enhorabuena: en cambio los escritores católicos, los predicadores evangélicos, á pesar de la mordaza y á pesar también de la persecución, de la proscripción y de la muerte, sostienen y sostendrán y publicarán muy alto que sois Inmaculada de fe, y que este dogma ha sido aceptado y reconocido por los amantes hijos de María. No importa que un puñado de hombres, mal avenidos con su verdadera felicidad, que es la salvación de su alma, pretendan con sus doctrinas disolventes dividir nuestro culto, entibiar nuestro fervor, separarnos de nuestra comun Madre la Iglesia católica apostólica romana, y arraigar en el conmovido suelo de nuestra patria la incredulidad y el indiferentismo religioso: no lo conseguirán. Las comunidades religiosas á quienes todavía no ha tocado el hacha del exterminio, millares de congregaciones que se esfuerzan por sostener el culto verdadero, que es el que se dá al verdadero Dios, los hijos de este suelo, clásicamente mariano, justifican de una manera irrecusable que los verdaderos y leales españoles son también verdaderos y leales hijos de María, y que como tales se creen libres de todos los peligros que nos rodean y de todas las necesidades que nos afligen con la definición dogmática de vuestra Inmaculada Concepción.

Sea enhorabuena, Emperatriz magnánima y Señora nuestra. Yo os felicito en nombre de la Beatísima Trinidad, de los espíritus angélicos y de los bienaventurados: os felicito en nombre de la

(1) Sabido es que hubo periódico tan desdichado en aquella época, que creyendo decir un chiste pronunció una horrible blasfemia, al comparar la reunión de los Obispos en Roma con un Congreso de gitanos. Perdonadlos, Señora, que no saben lo que dicen.

Iglesia paciente, de la Iglesia militante y de esta real congregación, que se enorgullece de marchar bajo la égida de vuestra Concepción Inmaculada. *Salvum fac populum tuum.* Salvad á vuestro pueblo dando aliento al justo y arrepentimiento al pecador. *Et benedic hereditati tue.* Y bendecid vuestra heredad. Bendecid á la Iglesia, al inmortal Pontífice que la gobierna y que ha embellecido vuestra corona con este nuevo florón del amor divino: bendecid al Episcopado y al sacerdocio católico, á esta real congregación, á este cristiano auditorio, á todos nosotros, Virgen Santísima, que bien lo necesitamos; para que amándoos, imitándoos y desagraviándoos en esta vida, nos acompañéis á la hora de la muerte, y después vayamos á contemplaros, poseeros y saludaros en la gloria. «Llena de gracia y concebida sin mancha de pecado original,» por los siglos de los siglos. Así sea.

